

LA TRIBUNA DEL LECTOR

Más tecnología, más humanidad

POR NELSON VÁSQUEZ LARA, RECTOR DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE VALPARAÍSO

Durante décadas, la pregunta que acompañaba a todo joven al finalizar sus estudios era relativamente sencilla: ¿en qué quieres trabajar? Hoy esa pregunta resulta insuficiente. En un mundo atravesado por la inteligencia artificial, la automatización, la transición energética, los cambios demográficos y una creciente incertidumbre económica y geopolítica, deberíamos formular otra: ¿cómo prepararnos para trabajar en ocupaciones que cambiarán varias veces a lo largo de nuestra vida?

El *Future of Jobs Report 2025* del World Economic Forum ofrece algunas respuestas. Sus proyecciones muestran que, hacia 2030, la transformación estructural afectará a cerca del 22% de los empleos actuales. Se crearían alrededor de 170 millones de nuevos puestos de trabajo y se desplazarían 92 millones. El futuro, por tanto, no parece ser necesariamente un mundo sin trabajo. Será, más bien, un mundo con trabajos diferentes.

La tecnología será uno de los grandes motores de esta transformación. El 86% de los empleadores espera que la inteligencia artificial y las tecnologías de procesamiento de información transformen sus organizaciones antes de 2030.

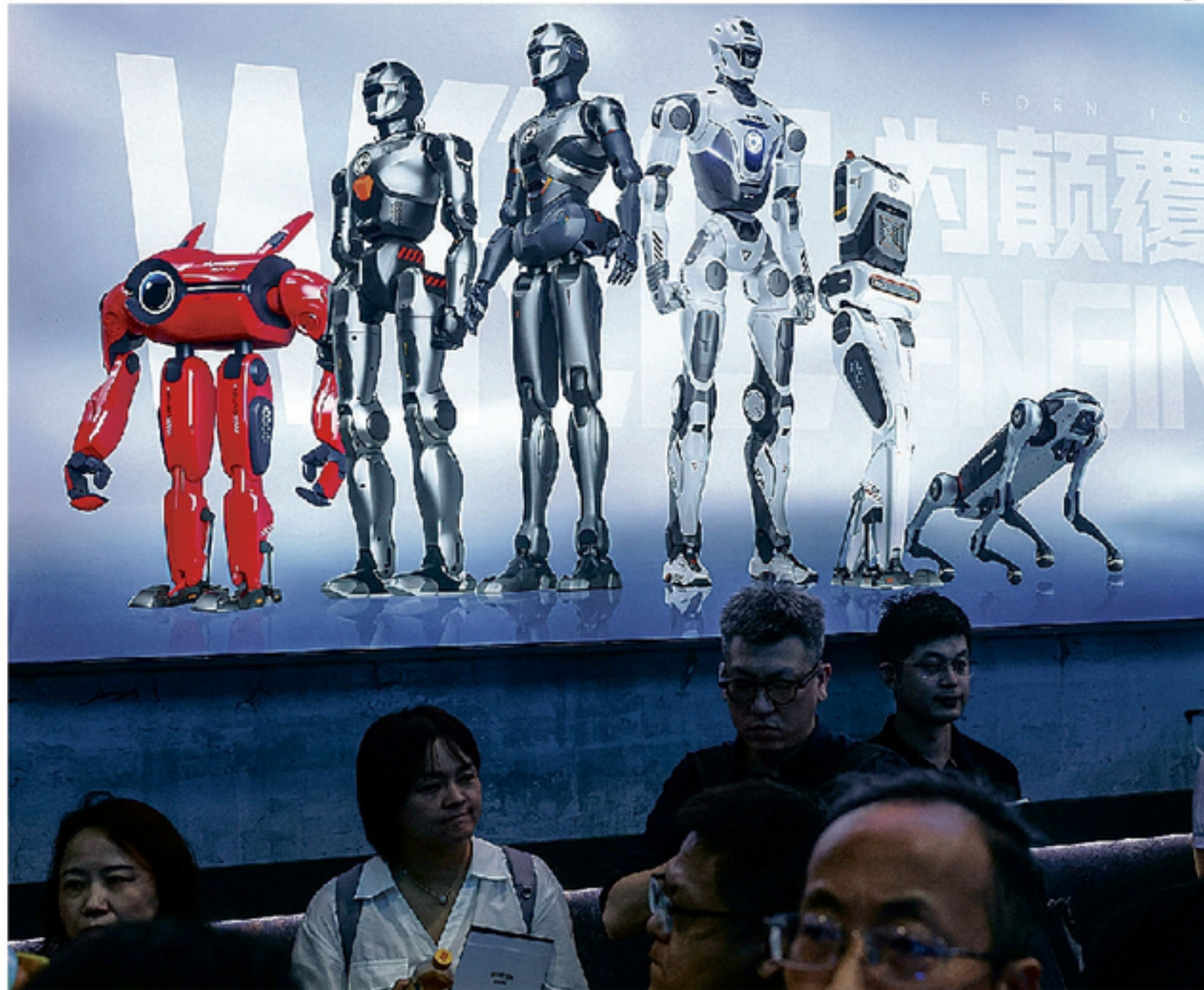
Entre las ocupaciones de cre-

cimiento más rápido aparecen especialistas en *big data*, inteligencia artificial y *machine learning*, desarrolladores de software, especialistas en ciberseguridad, ingenieros ambientales y profesionales de energías renovables. En sentido contrario, disminuirán numerosas ocupaciones administrativas, rutinarias y susceptibles de automatización.

Pero existe un dato todavía más interesante. El futuro no pertenece solamente a ingenieros e informáticos. También aumentará la demanda de profesores, profesionales de la salud, enfermeras, trabajadores sociales y otras ocupaciones vinculadas al cuidado y al servicio de las personas. La revolución tecnológica convivirá con una creciente demanda por actividades profundamente humanas.

Esta aparente paradoja entrega una señal poderosa. Mientras más potente sea la tecnología, más importantes pueden llegar a ser determinadas capacidades humanas: pensamiento creativo, resiliencia, flexibilidad, liderazgo, curiosidad y aprendizaje permanente. El pensamiento analítico continúa siendo una de las competencias centrales más valoradas por los empleadores.

No estamos, entonces, ante una elección entre competencias tecnológicas y humanas. Necesitaremos ambas. El profesio-



EFE

nal del futuro deberá comprender las tecnologías, trabajar con inteligencia artificial y utilizar datos, pero también tendrá que pensar, crear, comunicarse, liderar, colaborar y tomar decisiones responsables.

El desafío, por consiguiente, no será aprender a competir contra las máquinas. Será aprender a trabajar inteligentemente con ellas, sabiendo qué podemos delegarles y qué debe per-

manecer bajo responsabilidad humana.

Todo esto plantea un enorme desafío para la educación. La formación permanente dejará de ser una posibilidad reservada para quienes desean especializarse. Será una condición normal de la vida profesional. La antigua secuencia –estudiar, graduarse, trabajar y jubilarse– comienza así a desaparecer. En su lugar tendremos trayectorias

donde se alternarán permanentemente trabajo y aprendizaje: formarse, trabajar, actualizarse, volver a aprender, especializarse, reconvertirse y comenzar nuevamente.

Aquí existe una responsabilidad enorme para las universidades. Durante siglos hemos concentrado nuestros mayores esfuerzos en formar a los jóvenes durante los primeros años de su vida adulta. Tendremos que se-

guir haciéndolo, pero ya no será suficiente. Las universidades deberán acompañar a las personas durante toda su trayectoria profesional, ofreciendo oportunidades flexibles de actualización y reconversión.

También tendremos que revisar nuestros currículos. No basta con agregar un curso de inteligencia artificial a carreras diseñadas para un mundo anterior a ella. La pregunta es mucho más profunda: ¿qué significa formar a un ingeniero, abogado, profesor, periodista, médico, arquitecto o historiador en una sociedad donde la inteligencia artificial estará incorporada transversalmente a la actividad profesional?

Esto no anuncia el fin de los títulos universitarios. Nos exige algo diferente: que un título represente efectivamente conocimientos, capacidades y experiencias que una persona pueda demostrar. Por ello cobrarán todavía mayor importancia las prácticas profesionales, los proyectos interdisciplinarios, la investigación, la resolución de problemas reales y la colaboración entre universidades, empresas e instituciones públicas.

El desafío de los próximos años será preparar a las personas para hacer, con ayuda de las máquinas, aquello que ninguna sociedad debería dejar de confiar a los seres humanos.

Una torre peligrosamente inclinada

POR FERNÁN RIOSECO, ABOGADO

Los resultados de la última prueba PISA no son preocupantes, son devastadores. Y lo son a nivel mundial: ochenta y seis países bajan en Lenguaje y Matemáticas, con apenas cinco excepciones. Para la OCDE es un escándalo porque la disminución es significativa. España, por ejemplo, bajó 23 puntos en Lenguaje y 16 en Matemáticas. Chile bajó 12 y 9 puntos en las mismas áreas, lejos del promedio de la OCDE. Para dimensionar la gravedad del asunto, 20

puntos de diferencia equivalen a la pérdida de un curso escolar completo.

Nadie niega que el fenómeno es multicausal. Veamos, en este espacio comprimido, las más importantes.

2. El sistema educativo actual se está desplomando porque se cambiaron los cimientos basados en el esfuerzo y el mérito, por la deriva terapéutica y la baja exigencia. Las escuelas abdicaron de su rol académico para convertirse en una mezcla de guarderías gigantes y comunidades que se jun-

tar a repartir abrazos. Hoy todo es cuidado, contención emocional obsesiva y una búsqueda ciega por evitar la frustración del estudiante a toda costa. Les tengo una mala noticia a los gurús de la pedagogía moderna: aprender no es entretenido, nunca lo ha sido y nunca lo será.

3. La fantasía de que se aprende “jugando” es una estafa pedagógica. Las matemáticas no entran con luces de colores ni dinámicas lúdicas de pantallas; entran con sangre, sudor y lágrimas. Dominar el pensamiento abstracto

exige horas de cabeza contra el escritorio, repetición, silencio y resistencia al fracaso. Intentar camuflar ese rigor para que el alumno no se estrese solo asegura su analfabetismo funcional y una baja tolerancia a la frustración.

4. Lo más perverso de este diseño es su clasismo invisible. Bajar la calidad y la exigencia de la educación pública solo perjudica a las clases sociales vulnerables. Los ricos no sufren este demérito: ellos tienen el capital y la billetera para contratar profesores particulares que nivelen lo que la escuela

les omite deliberadamente.

5. Mientras tanto, la clase política experimenta alegremente con los hijos ajenos, porque los de ellos van a colegios privados de élite donde el rigor sí se respeta. Ellos no responden, y tampoco lo hacen las empresas tecnológicas que les venden a los Estados el traje nuevo del emperador: plataformas digitales y modelos lúdicos “innovadores” que solo generan distracción en el aula.

6. En este punto, da lo mismo el color político. Como sociedad, necesitamos tener una conversa-

ción en serio sobre tres tópicos: regular el veneno de las pantallas en las aulas; recuperar la cultura del esfuerzo; y terminar con el desprecio sistemático a la autoridad del docente.

No podemos esperar a comisiones de expertos y reformas tibias en cinco años más. Los cambios deben ser radicales e implementarse el 2027. Así de claro y urgente.

De lo contrario, después no nos quejemos cuando la torre de PISA termine por colapsar el 2030.